

EL SENTIDO Y FIN DE LA VIDA HUMANA Y EL DINAMISMO DE LAS VIRTUDES

JUAN RAMON AREITIO

INTRODUCCIÓN

«El camino cierto para alcanzar la bienaventuranza es la virtud»¹: para la teología católica, la virtud es expresión del compromiso del hombre en su propio destino. Sin embargo, desde hace algún tiempo, no sólo en el uso ordinario², sino en la misma ciencia moral, la virtud parece haber perdido parte de su contenido y significación³. No faltan quienes denuncian su tratamiento clásico, como un fruto de la especulación pagana y medieval, poco radicado en lo genuinamente cristiano; otros la menosprecian, como si insistir en ella menguase la dignidad del obrar personal y el valor de la libertad; el obrar virtuoso adolecería de poca espontaneidad, sería como un fruto casi mecánico de hábitos adquiridos.

¿Cuál es la razón de este rechazo? La pregunta cobra todo su sentido si se considera que la definición de virtud se ha mantenido prácticamente invariable desde los Padres hasta nuestros días. Pero no vamos aquí a detenernos en un estudio histórico, sino sólo poner de relieve un punto que puede ayudar a disipar tales prejuicios: la necesaria relación que la virtud guarda con el fin de la vida humana y con el desarrollo de la libertad.

Señala acertadamente un autor contemporáneo que, con frecuencia, se ha puesto tan en primer plano la necesaria repetición de los actos externos para generar las virtudes, que se ha llegado casi a olvidar la no menor necesidad y el papel de las disposiciones interiores de la persona para la adquisición y desarrollo de la vida virtuosa⁴. En otras palabras, se ha producido una desconexión entre el fin y la virtud: ésta ha perdido entonces su carácter de energía interna que encamina el hombre hacia su fin, y ha

1. *Compendium Theologiae*, c. 170.

2. Cfr. S. LODOVICI, *Metamorfosi della gnosi*, Ares, Milán 1981.

3. Cfr. S. PINCKAERS, *Le renouveau de la morale*, Téqui, París 1979, p. 145.

4. Cfr. *Ibidem*.

venido casi a confundirse con un acostumbramiento, fruto del comportamiento externo, difuminándose su sustento en la interioridad de la persona humana, en sus deseos y querer más íntimos⁵.

1. *Virtud, plenitud personal y orden a Dios del obrar humano*

Dios, en su Infinita Sabiduría, ha trazado un plan para que todas y cada una de las criaturas alcance su perfección o último fin, que es la máxima participación en su propia Bondad. Pero entre todas, sólo la criatura espiritual ha recibido, junto con su naturaleza, la capacidad de descubrir esa ordenación a su fin y seguirla libremente en sus obras.

El hombre ha sido creado por Dios con el poder de encaminarse por sí mismo hacia El, con auxilio suyo: «Dios ha querido 'dejar al hombre en manos de su propia decisión'⁶, para que así busque espontáneamente a su Creador y, adhiriéndose libremente a El, alcance la plena y bienaventurada perfección»⁷. Por su libertad el hombre ha de adherirse a Dios, es decir, ha de seguir los designios divinos, que puede reconocer y amar gracias a sus facultades espirituales, dirigiéndose así hacia su verdadero fin mediante sus buenas obras: «Hermanos, esforzaos más y más para asegurar vuestra vocación y elección por medio de las buenas obras»⁸. Cada persona recibe del Creador el don de la libertad, y de algún modo recibe la ayuda de la gracia, para responder a esa llamada divina, y ha de plasmarla en obras si quiere alcanzar la bienaventuranza que el Señor le ha preparado.

Además, el Creador formó la naturaleza humana de tal manera que cada uno de los esfuerzos que el hombre hace para adherirse a los planes divinos, para encaminarse al fin, no cae en la nada, sino que deja una huella en la persona, que la hace mejor y le facilita su perseverancia en la realización de obras buenas. Esa huella, que aparece en y perfecciona las potencias del alma, es la virtud⁹.

Con esta expresión de huella no se quiere significar que la virtud sea algo estático, que adviene al hombre en detrimento de su espontaneidad operativa. «La virtud designa la capacidad que alguien tiene para hacer rectamente sus obras, con constancia y facilidad: 'Es capacidad del espíritu humano, de la voluntad humana e, incluso, del corazón'¹⁰, fuerza interior para actuar»¹¹ conforme a las exigencias de la ordenación divina, plasma-

5. Cfr. T. URDANOZ, *Introducción al tratado de los hábitos y virtudes*, en la edición bilingüe latín-castellano de la *Summa Theologiae* de S. TOMÁS DE AQUINO, t. V, I-II, qq. 48-89, BAC, Madrid 1954, pp. 562-566.

6. *Ecclí.* XV, 14.

7. CONC. VAT. II, Const. past. *Gaudium et spes*, n. 17.

8. *II Petr.* I, 10.

9. Cfr. E. GILSON, *El tomismo*, EUNSA, Pamplona 1978, p. 456.

10. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 8-XI-78.

11. R. GARCÍA DE HARO, *La virtud, energía del espíritu*, en «Actas del Con-

das en la naturaleza del hombre por el acto creador, y en los requerimientos de la vida sobrenatural.

La virtud nos aparece como una cualidad de las potencias espirituales que les permite el desarrollo de toda su energía en el plano moral; es decir, las habilita a engendrar las obras humanamente más perfectas y conferir al hombre la plenitud de su valía¹². No engendra, pues, la virtud anquilosamiento moral, sino todo lo contrario: tras el comportamiento virtuoso hay una hondura y madurez del querer libre, «un esfuerzo de la voluntad, fruto del espíritu humano penetrado por el Espíritu de Dios, que se manifiesta en la elección del bien»¹³.

Solamente el hombre que posee virtudes puede comportarse en cada una de sus obras conforme a su dignidad, con constancia y facilidad, eligiendo siempre el bien. Es cierto que, sin virtudes, el hombre posee la capacidad necesaria para hacer obras buenas; pero lo hace con dificultad: así como cada «acto bueno nos dirige al fin *hic et nunc*, la virtud pone a nuestra voluntad en un estado de permanente orientación hacia El (Dios), que la conduce a abrazarse con el acto necesario para su consecución (...) Y, si no la fija en la posesión del fin, ciertamente la dirige y la coloca, de un modo permanente, en el camino que a él conduce»¹⁴.

La virtud es, pues, el despliegue de la potencialidad activa de la naturaleza humana en su camino hacia el fin: es perfección de la libertad, que empeña al hombre, con esa «espontaneidad más profunda y madura»¹⁵ en el descubrimiento y amor de la Voluntad divina, fortaleciendo y facilitando su cumplimiento.

El hombre que desarrolla sus virtudes —en el plano natural— se hace humanamente mejor, más plenamente hombre. Dice Santo Tomás de Aquino que «es propio de la virtud humana el hacer que el hombre y sus obras se sometan a la razón»¹⁶; ¿y qué es esto sino afirmar que el hombre que actúa por la virtud, actúa conforme a las más altas exigencias de su naturaleza espiritual? Por el contrario, quien actuase dejándose llevar por los movimientos e impulsos de la soberbia o de la concupiscencia desordenada, no podría realmente envanecerse de actuar conforme a su perfección de imagen de Dios; más bien habría aborrecido de ella. Por eso, la virtud hace brillar en el hombre su dignidad natural, a imagen del Creador, en cuanto que hace a sus obras humanamente más perfectas, más acordes con tal dignidad, según los designios divinos.

De manera análoga, en el orden sobrenatural, el creyente recibe con

greso Mundial de Filosofía Cristiana», Córdoba (Argentina), t. IV, n. 3, 1980 (en prensa).

12. Cfr. S. PINCKAERS, *o.c.*, p. 150.

13. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 17-XII-80.

14. O. N. DERISI, *Los fundamentos metafísicos del orden moral*, CSIC, Madrid 1969, p. 466.

15. JUAN PABLO II, *Audiencia general*, 12-XI-80.

16. *Summa Theologiae*, I-II, q. 123, a. 1, c.

la gracia las virtudes infusas, que le capacitan para responder adecuadamente a la llamada de Dios al fin sobrenatural. La práctica de las virtudes cristianas es en definitiva un comportarse de acuerdo con la nueva dignidad adquirida: como hijo de Dios, que busque cumplir en sus obras la voluntad de su Padre Dios: «Habéis de centrar toda vuestra atención en juntar con vuestra fe la fortaleza, con la fortaleza la ciencia, con la ciencia la templanza, con la templanza la paciencia, con la paciencia la piedad, con la piedad el amor fraterno y con el amor fraterno la caridad. Porque si estas virtudes se hallan en vosotros y van creciendo más y más, no quedará estéril y sin fruto el conocimiento que tenéis de nuestro Señor Jesucristo (...) Por tanto, hermanos, esforzaos más y más para asegurar vuestra vocación por medio de las buenas obras»¹⁷.

La práctica de las virtudes asegura al hombre en su caminar hacia el fin: son medio necesario para alcanzar la meta a la que Dios le llama. Por su práctica, explica San Pedro, «jamás tropezaréis, y se os otorgará ampliamente la entrada al reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo»¹⁸. En suma, constituyen, a la vez, despliegue y realización de la llamada divina, que acrecienta en el hombre la imagen del único y perfecto modelo, que es nuestro Señor Jesucristo; también las virtudes adquiridas, pues Jesucristo es *perfectus Deus* y *perfectus Homo*¹⁹: *finis omnium virtutum Christus*²⁰. La virtud, pues, nos dispone a lograr nuestro fin y perfección: por eso, lógicamente, el fin mismo ha de influir en la virtud.

2. El último fin y la configuración de la virtud

El hombre desarrolla la inclinación a la virtud, contenida en su naturaleza, mediante las buenas obras, es decir, cuando se encamina al fin en el continuado buen uso de su libertad. La multiplicación de actos buenos hace surgir en las potencias espirituales lo que llamamos virtudes: hábitos que disponen establemente al hombre a obrar de modo perfecto para alcanzar su fin. Por eso, una de las características esenciales de la virtud es que de ella «nadie puede usar mal» y con ella «se vive rectamente»²¹: en otras palabras, quien actúa bajo el influjo de la virtud, orienta sus obras hacia Dios, según el plan creador y redentor, en lo que consiste su perfección. El orden a Dios como último fin no puede dejar de constituir un punto de referencia obligado al estudiar la naturaleza de la virtud, tanto adquirida como sobrenatural.

En este sentido, los Padres de la Iglesia afirmaron repetidamente la

17. II Petr. I, 5-8.10.

18. II Petr. I, 11.

19. Cfr. E. COLOM, *Dios y el obrar humano*, EUNSA, Pamplona 1976, p. 154.

20. S. AMBROSIO, *In Ps. CXVIII*, XII, 48 (PL 15, 1378).

21. S. AGUSTÍN, *De lib. arb.*, II, 18, 50 (PL 32, 1267-8); *Retract.*, I, 6 (PL 32, 598).

importancia del fin de la vida cristiana, del orden a Dios de nuestras acciones, en su consideración de las virtudes. Aún más, en su afán de remarcar la distinción entre la concepción pagana de las virtudes y las virtudes cristianas, atribuyeron sólo a estas últimas el carácter de verdaderas virtudes, puesto que sólo ellas encaminaban al hombre a su verdadero último fin. San Agustín afirmó, además, que el fin distingue a las virtudes de los vicios²². Hay que entender bien estas afirmaciones, en su contexto, para no poner en peligro la realidad e importancia de las virtudes adquiridas, que siempre estuvieron presentes en los Padres. Así, y es revelador, el Santo Obispo de Hipona, no niega en absoluto la existencia de estas virtudes, como verdaderamente tales, entre los paganos; pero resalta que sólo lo son cuando están orientadas a la búsqueda de un bien verdadero y no corrompidas por el amor propio y el desprecio de Dios²³.

En definitiva, lo que S. Agustín subraya es que la ausencia de un fin recto imposibilita el ejercicio de las verdaderas virtudes. En tal sentido, es muy gráfica su descripción de las falsas virtudes del avaro: «No es verdadera virtud la prudencia del avaro, con la que se procura diferentes formas de lucro; ni su justicia, por la que desprecia los bienes ajenos por que no le cuesten dinero; ni su templanza, que refrena su apetito lujurioso por ser derrochador; ni su fortaleza (...) que huye de la pobreza a través del mar, los montes y el fuego»²⁴.

Análoga es la preocupación de Santo Tomás de Aquino. En la *Summa Theologiae*²⁵ sintetiza, cuidadosamente, la interrelación entre el fin y el carácter virtuoso de un hábito: tras atribuir la condición de virtud por excelencia a las sobrenaturales, únicas que realmente unen al último fin, señala que las virtudes adquiridas tienen también naturaleza de verdaderas virtudes, pero no perfectas. Esto es así porque, aun cuando ordenan a Dios los actos del hombre, no le permiten adherirse a El como su fin sobrenatural. En cambio, considera que carecen del carácter de virtud, tienen sólo apariencia de tal, los hábitos que inclinan al hombre a un bien aparente, no verdadero bien, por falta de un fin recto y pone como ejemplo las aparentes virtudes del avaro, de que habló S. Agustín: las acciones del hombre, cuando se mueve sólo por las riquezas, no pueden ser virtuosas, sino un fruto malo de su desordenada intención. Es claro que sea así. Toda virtud inclina a la realización de obras buenas, perfectas, lo que tiene lugar cuando esas acciones son buenas y están bien hechas²⁶. Así, por ejemplo,

22. Cfr. IDEM, *Retract.*, I, 9, 6 (PL 32, 598); *De lib. arb.*, II, 19 (PL 32, 1267); *De civ. Dei*, X, 22 (PL 41, 300).

23. Cfr. *Contra Iul.*, IV, 3 (PL 44, 749).

24. *Contra Iul.*, IV, 3 (PL 44, 748).

25. II-II, q. 23, a. 7.

26. «Cum enim virtus ordinetur ad bonum opus agendum, virtus quidem perfecta dicitur ex hoc quod potest in opus perfecte bonum: quod quidem est dum non solum bonum est quod fit, sed etiam bene fit. Alioquin, si bonum sit quod fit, non autem bene fiat, non erit perfecte bonum: unde nec habitus qui est talis operis principium, habebit perfecte rationem virtutis». SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 65, a. 4, c.

dar limosna movidos por la virtud de la caridad, es una obra perfecta; pero darla por vanagloria, es una obra buena, pero mal hecha: no puede proceder de ningún modo de la virtud, pues de ésta «nadie puede usar mal»²⁷.

Las obras buenas del hombre han de ser fruto de una recta elección del bien por parte de la voluntad y no mero fruto del impulso de la pasión. Como la elección versa sobre los medios y fines parciales que conducen al último fin que se intenta alcanzar, para que una elección sea recta hace falta que el último fin sea bueno y los fines parciales y medios sean adecuados para ordenarse a él²⁸. Las virtudes perfeccionan a las potencias para que éstas realicen rectamente la elección, y lo hagan con facilidad y constancia. Se requiere por tanto, para que se haga presente la virtud, la bondad del fin o intención del sujeto, que tiene siempre relación al último fin; de lo contrario, la elección estaría viciada en su raíz y su perfección sería una falsa apariencia de virtud: la obra externa tendría o podría tener la apariencia virtuosa, pero no así el acto humano en su integridad, por el desorden de la intención.

Pueden entorsearse aquí las consecuencias negativas de la disociación entre virtud y último fin: cuando no se presta suficiente atención a las disposiciones interiores, a la intención del corazón, que dependen siempre del orden de la voluntad al último fin, se puede llegar a tomar como virtud lo que en sí mismo es sólo su apariencia: una conducta exterior más o menos ordenada, casi más por el influjo y el peso del ambiente que por un verdadero amor de Dios, y que lógicamente, en un ambiente hostil, se desmorona fácilmente. Para la adquisición verdadera de virtudes, que son perfección de la libertad, no basta la simple repetición de actos externos, si no se cuida también enderezar el interior del corazón, por el amor a Dios, fundamento esencial para la recta conducta. La verdadera educación, nunca debe contentarse con «imponer prácticas rutinarias de docilidad exterior y hasta de buena educación, que son sólo buenos auxiliares de la virtud»²⁹; de este modo no se fomentaría el surgir de la verdadera virtud.

Se ha dicho con acierto que, «el educador se engañaría grandemente si imaginase poder sustituirse al empeño personal del educando e inculcarle la virtud como a la fuerza; si se dejara llevar por la idea, más o menos consciente, de aprovechar la debilidad provisoria de su personalidad incipiente, para inscribirle 'pliegues' virtuosos, buenos acostubramientos impuestos pero tan arraigados que no pudieran ya desaparecer. No serían verdaderas virtudes, sino simples automatismos: «hábituarios», más que hábitos. Ciertamente, le ayudarían luego a adquirir la virtud si lo deseara, pero no serían virtuosos hasta que quisiera asumirlos personalmente el

27. Cfr. nota 21.

28. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 57, a. 5, c.

29. T. URDANOZ, *o.c.*, p. 564.

educando»³⁰. Este defecto en la pedagogía ha provocado, en ocasiones, el disgusto por el objeto mismo de la virtud, y así una cierta destrucción de «la base del edificio que se quería construir, poniendo como un cierto obstáculo a la adquisición de la verdadera virtud: la formación de la fuerza interior; cegando de alguna manera la fuente de la virtud»³¹. La virtud no es fruto de una repetición maquinal de actos externos, hecha al margen de las disposiciones interiores, de la actitud global del hombre, que nace de aquello que toma como fin de su vida, de su orden o desorden respecto a Dios como último fin.

Esto no significa, sin embargo, que la práctica de los actos externos tenga poca importancia para la virtud. La reducción de la vida moral a un conjunto de «actitudes» es también una simplificación empobrecedora; y quizá más peligrosa hoy por estar muy difundido un falso concepto de la espontaneidad. No se puede olvidar, por ejemplo, la gran eficacia formativa del ambiente, que está constituido en buena parte de hábitos externos de conducta. Precisamente, la moral cristiana —siguiendo el Evangelio— ha insistido siempre en la necesidad de las obras concretas como prueba de las buenas intenciones. Si el Señor dijo que es del corazón del hombre de donde nacen sus obras³², no insiste menos en que las buenas obras son la verdadera manifestación de un corazón recto: «por sus obras los conoceréis»³³.

Porque el hombre es carne y espíritu, cuerpo y alma, la repetición de los actos externos es imprescindible para el desarrollo de la vida virtuosa, y único signo cierto de una real adhesión al amor de Dios. Es muy claro el Apóstol Santiago cuando dice: «Muéstrame sin las obras tu fe, que yo te mostraré mi fe por mis obras»³⁴, o bien: «Al que sabe hacer el bien y no lo hace, se le imputa a pecado»³⁵.

* * *

Otro aspecto que refleja también la importancia de tener muy presente la relación virtudes-último fin es la recta comprensión del aforismo: *in medio virtus*. Algunos han considerado que estas palabras podían significar un cierto elogio de la mediocridad, un quedarse entre el bien y el mal, como entre dos aguas; la virtud, en esa perspectiva, se convertiría en algo poco atractivo. Sin embargo, si se considera la expresión en sentido clásico, como la exacta adecuación de la obra virtuosa al fin, se encuentra su auténtico y atractivo significado.

30. S. PINCKAERS, *La vertu est tout-autre chose qu'une habitude*, en «Nouvelle Revue Théologique», 3-4 (1960), p. 401.

31. *Ibidem*, p. 402.

32. Cfr. Mt. XV, 7-20.

33. Mt. VII, 16 y 20.

34. Iac. II, 18.

35. Iac. IV, 17.

Al igual que se dice que un flechazo ha sido perfecto, porque ha dado en el centro de la diana, se dice que la virtud consiste en un medio, en cuanto que la obra es perfecta, o bien, en tanto se dirige al fin sin desviación alguna: no hay mediocridad en la virtud, sino cumbre de rectitud³⁶. Se entiende bien entonces, que para las virtudes que ordenan directamente al fin —la fe, la esperanza y la caridad—, la única medida sea creer, esperar y amar sin medida³⁷; y para las virtudes morales, la medida consista en querer los fines parciales y los medios conducentes al último fin, ni en más ni en menos de lo que Dios los ha querido para que nos lleven a El³⁸.

En otras palabras, la expresión *in medio virtus* significa que, gracias a las virtudes, cada uno tiende a comportarse perfectamente como hombre y como hijo de Dios. La posesión de las virtudes y su ejercicio excluye así la mediocridad, porque incita a la plenitud de la vida cristiana, como tan claramente explicaba Mons. Escrivá de Balaguer, uno de los más grandes maestros de la espiritualidad cristiana de todos los tiempos: «La invitación a la santidad, dirigida por Jesucristo a todos los hombres sin excepción, requiere que cada uno cultive la vida interior, que se ejercite diariamente en las virtudes cristianas; y no de cualquier manera, ni siquiera de un modo excelente: hemos de esforzarnos hasta el heroísmo, en el sentido más fuerte y tajante de la expresión»³⁹.

Se explica así que, *a sensu contrario*, cuando se pierde de vista la unión con Dios, como fin del hombre, la virtud no se entienda como heroísmo, y sea confundida con un cierto egoísmo, tendente a la mediocridad; se olvida su carácter de fuerza interior, de energía sacrificada del amor que hace gustosa y amable la lucha y el empeño, de fuente de obras perfectas y, con ello, de su verdadero interés para las ambiciones nobles del alma. Esta es la razón por la que protestaba S. Agustín que «hay quienes se atreven a persuadirnos de que amemos las virtudes, a las que amamos por la bienaventuranza, sin amar la bienaventuranza misma. En ese caso, dejaríamos de amar las virtudes, al no querer lo que es el motivo de amarlas»⁴⁰.

3. La unión con Dios y las virtudes

La vida del hombre sobre la tierra es camino hacia Dios. Creado para amar al Señor, debe vivir con el empeño de amarle cada día más: «El justo, justifíquese más, y el santo, más y más se santifique»⁴¹, hasta la consumación de ese amor en la bienaventuranza eterna. En su camino hacia

36. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, I-II, q. 64, a. 2.

37. Cfr. *ibidem*, a. 4.

38. Cfr. R. GARCÍA DE HARO, *La virtud, energía del espíritu*, o.c.

39. Homilía *La grandeza de la vida corriente*, en *Amigos de Dios*, Rialp, Madrid 1980, 6.º ed., n.º 3.

40. S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, XIII, 8, 11 (PL 42, 1022-3).

41. *Apoc.* XXII, 11.

la eterna bienaventuranza, tanto más adelanta el hombre, cuanto más se une a Dios, no mediante un andar corporal, sino con las intenciones y los afectos del alma⁴².

La cercanía del hombre a su Dios es de carácter espiritual, no medida con criterios de espacio y tiempo, sino por su grado de unión a El por el conocimiento y el amor: «En el orden de las criaturas al Creador, son más deiformes aquellas que están más cerca de El frente a las que se encuentran distantes, como son más luminosas y brillantes las que se hallan más próximas de la verdadera luz. Pero no quisiera que entendieras por proximidad el lugar material, sino la capacidad de recibir a Dios»⁴³. Esta cercanía espiritual se produce progresivamente al aumentar el hombre su conocimiento y amor de Dios por el ejercicio de las virtudes.

A medida que éstas se desarrollan, el hombre adquiere una progresiva unión con Dios —una mayor cercanía— y un más perfecto orden en sus obras, comportándose de un modo cada vez más connatural con los desig-nios de la Voluntad divina. La persona se va haciendo mejor, en cuanto que sus potencias espirituales se perfeccionan, inclinándose a reconocer y querer la Voluntad de Dios con una constancia y facilidad crecientes; sus obras son más y más perfectas, en tanto que sus potencias se agilizan para volcar en obras buenas toda su energía operativa; se cumple entonces, cada vez mejor, el mandato divino: «Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu mente y con todas tus fuerzas»⁴⁴.

La libertad del cristiano, que «se manifiesta en la obediencia a la Voluntad de Dios y en la fidelidad a su amor»⁴⁵, queda perfeccionada y crece con las virtudes, al proporcionarle éstas un mayor conocimiento y amor de Dios en cada uno de sus actos. «A medida que más se conoce y ama a Dios, se refuerza la libertad. Nos unimos a Dios por el conocimiento y el amor, según el modo de aproximarse propio de las sustancias espirituales; y de modo especial, por la fe y la caridad, que incoan en esta vida la misma posesión de Dios. Cuanto más nos empeñamos en conocerle y amarle, la voluntad se adhiere a El con mayor prontitud y fortaleza (...) La inclinación de la libertad al bien aumenta, por consiguiente, en la medida en que la inteligencia y la voluntad adquieren hábitos que dan un más acabado conocimiento y amor del fin»⁴⁶.

42. «Ex hoc enim dicimur esse viatores quod in Deo tendimus, qui est ultimus finis nostrae beatitudinis. In hac autem via tanto magis procedimus quanto Deo magis propinquamus, cui non appropinquatur passibus corporis, sed affectibus mentis. Hanc autem propinquitatem facit caritas: quia per ipsam mens Deo unitur. Et ideo de ratione caritatis viae est ut possit augeri: si enim non posset augeri, iam cessare viae processus. Et ideo Apostolus caritatem viam nominat, dicens I ad Cor. 12, 31: 'Adhuc excellentiorem viam vobis demonstro'». SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 24, a. 4, c.

43. PSEUDO DIONISIO, *Epistula*, 8, 2 (PG 3, 1091).

44. *Deut.* VI, 5; cfr. *Mt.* XXII, 37-39.

45. JUAN PABLO II, *Mensaje para la celebración de la «Jornada de la Paz»*, 1-I-1981, n. 11.

46. R. GARCÍA DE HARO, *Cuestiones fundamentales de Teología Moral*, EUNSA, Pamplona 1980, p. 219.

Libertad, unión con Dios y virtudes discurren por caminos paralelos y entrelazados. Cuanto mayor es el desarrollo de la vida virtuosa, mayor es el conocimiento y el amor de Dios presentes en el alma: toda virtud, para ser cristiana e incluso verdadera y plenamente humana, incluye ese aumento del conocimiento y amor divinos. El poder de la virtud, que es energía de la libertad para ir a Dios⁴⁷, es fruto de la unión a El, por el conocimiento y el amor. Lo dice bien S. Agustín, cuando define las cuatro virtudes cardinales desde la perspectiva del amor a Dios: «La templanza es el amor que conserva al hombre íntegro e incorrupto para Dios; la fortaleza, el amor que sobrelleva todo fácilmente por Dios; la justicia, el amor que únicamente sirve a Dios, y que por lo mismo, usa bien de las demás criaturas sujetas al hombre; la prudencia, el amor que discierne bien las cosas que le ayudan a llegar a Dios, de las que pueden impedirselo»⁴⁸.

No cabe olvidar, además, que Dios, por medio de la gracia, inhabita en el alma del hombre de la forma más íntima e inefable, como en su templo⁴⁹. La gracia une «el alma a Dios en un estrechísimo lazo de amor»⁵⁰, amor que une e impulsa al hombre a cumplir en todo su Voluntad: «El que me ama guardará mis mandatos, y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada dentro de él»⁵¹. Junto con la gracia se donan al hombre las virtudes sobrenaturales⁵², que le capacitan para conocer y amar a Dios de modo conforme a su participación en la naturaleza divina por obra de la gracia⁵³, y que le otorgan el poder de comportarse en todo como buen hijo suyo. Por las tres virtudes teologales, el hombre se une a Dios Uno y Trino por un conocimiento y amor sobrenaturales, incoación de aquella unión que tendrá después en el cielo⁵⁴. Las virtudes morales infusas le disponen a dirigir todas sus obras al fin sobrenatural, impulsándole a actuar como hijo de Dios, según el modelo de nuestro Señor Jesucristo.

El corazón del hombre se dilata por la fe y la caridad⁵⁵ para recibir cada vez más a la Santísima Trinidad⁵⁶. La caridad hace que aprendamos a querer de modo constante la voluntad de Dios, y a no desear nada que sea contrario al querer divino⁵⁷. El hombre tiene, entonces, las fuerzas necesarias para, si quiere, amar lo que Dios quiere y como El lo quiere, de

47. IDEM, *La virtud, energía del espíritu*, o.c.

48. S. AGUSTÍN, *De moribus Eccle. Cath.*, I, 15, 25 (PL 32, 1322).

49. Cfr. I Cor. VI, 19.

50. *Catecismo de S. Pío V*, P. II, C. II, n. 50.

51. Ioan. XIV, 23.

52. Cfr. Conc. de Trento, Decr. *De iustificatione*, cap. 7, Dz 800; Conc. de Vienne, Dz 482-483.

53. Cfr. II Petr. I, 4.

54. Cfr. F. OCÁRIZ, *La Santísima Trinidad y el misterio de nuestra deificación*, en «Scripta Theologica», IV-2 (1974), p. 387.

55. Cfr. II Cor. VI, 11.

56. Cfr. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Summa Theologiae*, II-II, q. 24, a. 6, ad 3.

57. «Tertio modo, ita quod habitualiter aliquis totum cor suum ponat in Deo: ita scilicet quod nihil cogitet vel velit quod sit divinae dilectioni contrarium. Et haec perfectio est communis omnibus caritatem habentibus», *Ibidem*, a. 8, c.

modo que sus obras —conforme crece en él la caridad— se identifiquen cada vez más perfectamente con los deseos divinos.

La caridad mueve también a las demás virtudes⁵⁸ a realizar obras que se adecúen cada vez con más intensidad a la ordenación divina⁵⁹. Por eso dice San Pablo: «ruego para que vuestra caridad crezca más y más en conocimiento y en toda discreción, a fin de que sepáis discernir lo mejor y seáis puros e irrepreensibles para el día de Cristo, llenos de frutos de justicia, para gloria y alabanza de Dios»⁶⁰. La Sagrada Escritura puede así comparar la vida del hombre virtuoso con el esplendor de la luz que va creciendo a medida que avanza el día⁶¹.

En definitiva, las virtudes hacen eficaz nuestro conocimiento de Cristo: «Si en ellas (las virtudes) abundáis, no os será estéril ni ocioso el conocimiento que tenéis de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (...) Por tanto, hermanos, esforzaos más y más por asegurar vuestra vocación y elección por medio de las obras de virtud»⁶².

58. Cfr. *Ibidem*.

59. Cfr. M. LLAMERA, *Introducción a la cuestión 24 de la Summa Theologiae de Santo Tomás de Aquino*, en la edición bilingüe latín-castellano, BAC, Madrid 1959, pp. 671-672.

60. *Phil.* I, 9-11.

61. Cfr. *Prov.* IV, 18.

62. *II Petr.* I, 8-10.

